

Matrimonio: Un vínculo de muchas culturas con fe

La aprobación de una traducción al inglés de la *Orden de la celebración del matrimonio* [Order of Celebrating Matrimony], segunda edición, sirve de recordatorio de que la celebración sacramental católica del matrimonio es tanto una fusión de los rituales de muchas culturas como un urgente llamamiento a ir más allá de la expectativa de esas culturas en busca de un significado más profundo de este compromiso de una persona con otra.

Obviamente, muchos de los rituales que practicamos son antiguos y se encuentran de una u otra forma en la mayoría de las culturas del mundo. Entre ellos ocupa un lugar preponderante la unión de las manos, el intercambio de anillos, la tradición de enlazar a la pareja con una cinta o con otro vínculo simbólico, la profesión en público de la aceptación del uno por el otro y la aclamación de la comunidad. De una u otra manera, todos ellos se convierten en parte de las celebraciones cristianas del matrimonio.

Sin embargo, al entrar a la esfera cristiana, muchos de estos gestos rituales han adquirido un significado nuevo y más profundo y, a veces, han llegado a significar casi lo contrario de lo que representaban en la cultura que los creó y fomentó.

Consideren la unión de las manos o la entrega de un anillo. En un principio, estos eran signos de pertenencia y solían indicar que el novio se convertía en dueño de la novia y la incorporaba a la familia de él. Sin embargo, en el contexto cristiano, gradualmente llegaron a significar un compromiso entre cada uno de los miembros de la pareja y un mutuo reconocimiento de personas iguales unidas en alianza en Cristo.

En forma similar, el “precio de la novia” o la dote, que inicialmente se pagaba a la familia de la novia en reconocimiento de que había perdido a una trabajadora hábil, poco a poco se convirtió en señal de la disposición del novio a compartir todo con la novia. La entrega de las arras en las ceremonias nupciales de tradición española hace eco de esta tradición que se originó en Roma y se expresó en los ritos nupciales de la Edad Media con palabras como estas: “Con este anillo me uno a ti en matrimonio; te doy este oro y esta plata; te honro con todo mi cuerpo; y te lego todos mis bienes materiales en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”.

Los cantos en las bodas también tienen raíces antiguas. El cántico a la diosa griega del matrimonio, interpretado mientras la novia se dirigía a la casa del novio para la boda, al terminar la ceremonia iba seguido del *epithalamion*, que se interpretaba para escoltar a los recién casados a su dormitorio. A medida que se introdujeron, los ritos nupciales cristianos se enfocaron más en el canto durante la ceremonia e incorporaron salmos y cánticos referentes al amor

humano y divino. La procesión de entrada y salida de la ceremonia, que en un principio era uno de los puntos destacados de una boda, más tarde fue acompañada más por instrumentos que por canto. En muchos lugares, estas procesiones—particularmente la procesión de la novia a la iglesia—siguieron siendo importantes aspectos de las celebraciones matrimoniales (como sucede hasta hoy con la procesión de la novia).

La idea de que en el matrimonio, al igual que en los demás sacramentos de la Iglesia, debe haber canto interpretado por toda la asamblea, se ha venido propagando en los años posteriores al Concilio Vaticano II. A medida que la congregación se habituó a la idea de cantar algunas partes de cualquier ceremonia católica (por ejemplo, el salmo responsorial, la aclamación del Evangelio, las respuestas y aclamaciones de la Oración Eucarística, y los himnos y cantos procesionales), se acostumbró a esperar que esas mismas partes del rito se cantaran durante una boda. La congregación también ha comenzado a acostumbrarse a la idea de que ciertos ritos tienen sus propias partes especiales que deben cantarse, la más conocida de las cuales es probablemente el “Canto de despedida” durante la encomienda final en un entierro. La segunda edición de la *Orden de la celebración del matrimonio* ahora pide esos cantos especiales que pueden interpretarse como parte de esta ceremonia—el *Gloria*, que ahora se canta en todas las bodas, así como una aclamación por la asamblea después de la declaración de consentimiento por la pareja y un himno o un cántico de alabanza una vez realizado el intercambio de anillos.

Una boda católica tiene tradiciones de las culturas circundantes en algunos de sus ritos, ceremonias y formas de vestir (por ejemplo, los trajes de la novia y del novio). Pero también representa un desafío referente a lo que entienden esas culturas por matrimonio. Puesto que, de muchas formas, una boda católica aparenta ser como cualquier otra ceremonia nupcial, tal vez se necesite hacer un esfuerzo particular para ayudarle a una pareja a entender en qué se diferencia y por qué la Iglesia encuentra en el matrimonio—y en particular en el compromiso contraído por la pareja—la presencia sacramental de Cristo y el significado de lo que representa ser Iglesia. Eso exige un serio esfuerzo por parte del clero, los catequistas, los liturgistas, los músicos pastoraes y toda la comunidad de creyentes, que deben trabajar en la formación de parejas dispuestas a contraer el compromiso que entraña el matrimonio católico y celebrar el matrimonio como un paso ritual hacia una nueva clase de discipulado para su propia conversión y para la salvación del mundo.